

NEO-MAYÉUTICA Y METALENGUAJE

NELSON BARROS CANTILLO

RESUMEN

Los contenidos de este ensayo son piezas conceptuales espigadas de los borradores de mi próxima publicación: “La Nueva Mayéutica”, un trabajo de seiscientos sesenta y seis páginas electrónicas, que consigna los resultados principales de un esfuerzo de investigación transdisciplinario en derredor del propósito de constituir una renovada versión del milenario arte de ayudar a partear verdades.

Palabras clave

Mayéutica, Neo-mayéutica, preceptos metalógicos, metalenguaje, mentira, verdad, barbera de Occam, técnicas metodológicas.

ABSTRACT

The contents of this paper are conceptual pieces spikes drafts of my forthcoming «The New Mayeutic,» a work of six hundred and sixty-six websites, which shows the main results of a transdisciplinary research effort around the purpose of establishing a renewed version of the millennial art of aid from the truth.

Keywords

Mayeutic, Neo-mayeutic, methlogics precepts, met language, lie, truth, barber of Occam, methodological techniques.

* Docente e investigador universitario. Universidad del Atlántico.

La nueva Mayéutica

Los contenidos de este ensayo son piezas conceptuales espigadas de los borradores de mi próxima publicación: “La Nueva Mayéutica”, un trabajo de seiscientos sesenta y seis páginas electrónicas, que consigna los resultados principales de un esfuerzo de investigación transdisciplinario en derredor del propósito de constituir una renovada versión del milenar arte de ayudar a partear verdades.

A semejanza de la vieja versión socrático-platónica, la Nueva Mayéutica no persigue doblar la cerviz doctrinaria del opositor dialéctico para luego ufanar el invencible talante del punto de mira personal, ni pretende infirmar la filosofía que le es adversa para constreñir inductivamente a la aceptación de sus preferencias metafísicas. Labor del obstetra discursivo en el escenario contencioso de nuestro día es predicar que no es exclusivamente uno de los dialogantes el quejoso parturiento, ni tan sólo el otro, el partero diligente, sino que ambos, al unísono de sus pujos y quejumbres, son alternativamente el hombre que pare y el comadrón que le asiste en el alumbramiento del hijo conceptual.

La Nueva Mayéutica, antes que una doctrina filosófica, es una técnica de indagación verbal con frecuencia asociada al método inductivo de especie oral, laxamente considerado. No es su objetivo forzar la aceptación de disparates teológicos o la militancia en empresas políticas reaccionarias que an-

helan revertir el sentido unidireccional del tiempo histórico. El nuevo mayéutico es un operador de las reglas del procedimiento discursivo extensamente relacionado con las lógicas, las retóricas y las hermenéuticas de punta, así como también con la informática, en general, y particularmente con las categorías matrices de la inteligencia artificial y los sistemas expertos.

Uso y mención

Una dificultad mayor, entre otras del mismo género, es la que trasiega el alcance extensional de un término o el sentido de una proposición, de un extremo a otro de sus significados factibles, tomando el primer significado como si fuera el segundo o haciendo uso de éste como si se tratara de aquél. Hay expresiones que ameritan ser entrecomilladas cuando, dado un contexto, sugieren algo distinto de lo que usualmente significan. “Pedir la mano”, verbigracia, puede interpretarse de diferentes formas, como solicitar una ayuda determinada o requerir la anuencia del progenitor de la novia para formalizar un compromiso nupcial. “Vengo a pedirle una mano” le dice a su vecino un joven y promotor empresario que necesita de ayuda para encender su coche. El vecino, padre de seis muchachas casaderas, entre sorprendido y esperanzado, replica: “¿de cuál de ellas?”.

Infortunadamente, los usos confunden-tes de las palabras y sus prolíficas asociaciones gramaticales, no siempre son motivo de chistes o fundamento de gra-

cejos. La filosofía es una larga historia de abusos del lenguaje, cuyas culminaciones más enrevesadas y oscuras han dado lugar a la emergencia de doctrinas metafísicas, tan abstrusas en su significado como patéticas en su inútil pretensión de avalar sus fundamentos con los axiomas y probanzas de la ciencia empírica.

Los filósofos de la razón metafísica, acuñan incansablemente nuevos términos con que “salvar las apariencias” cada vez que las inconsistencias internas amenazan con implosionar la estructura formal de sus teorías. Un término como “nada”, por ejemplo, que sólo tiene significado legítimo dentro de un contexto definido, ha sido forzado a representar “algo” dotado de alguna especie de pseudoconsistencia ontológica. “La nada es nadería –escribió Heidegger– y, por lo demás, nada”.

Corolario de los abusos filosóficos del lenguaje, es la incongruencia de su propia definición, o de sus incontables definiciones, pues forman legión los que aventuran conceptualizaciones descriptivas o caracterizaciones abstractas de ella. Un modo, acaso un tanto lúdico de dar cuenta de su naturaleza, consiste en decir que la filosofía es el conjunto sistematizado de aquéllas preguntas que no se pueden hacer y de las respuestas a problemas que no se deben formular. Sin descontar la versión sesgada que la describe como el desciframiento de enigmas abortados por la especulación metafísica o desovados por la superchería religiosa.

Cuando Sócrates afirma: “sólo sé que nada sé”, está empleando ambiguamente el término “nada”, puesto que da a entender dos cosas diferentes: que nada sabe acerca del tema debatido con su interlocutor dialogal o que no sabe “nada de nada”. Ninguna de las opciones hermenéuticas de esa expresión parece correcta. La primera, porque habiendo demostrado con el escalpelo lógico de la mayéutica que su interlocutor “nada sabía” sobre el asunto en discusión, sobra inferir que “algo” debe conocer quien desenmascara al ignorante que quiere pasar por sabio. Pero Sócrates, luego de quitarle la careta al falso sabio, se coloca él mismo la careta del ignorante que no sabe nada que no sea que nada sabe.

La segunda opción tampoco es meritoria porque “nada”, tomado en sentido absoluto, es decir, sin un contexto que le otorgue el significado de “ausencia” de alguna cosa, no sirve otro propósito que el de crear confusión y engendrar desatinos. Si alguien comunica que ha extraviado sus espejuelos y que, habiéndolos buscado por toda la casa, nada ha encontrado, el término discutido entraña un valor semántico restringido, pues sólo significa “falta de presencia” de algo en el marco de un universo del discurso cierto y determinado.

Por otra parte, si Platón se propuso con el aforismo examinado, obviar la paradoja pirrónica que deriva de la sentencia “nada sé”, no lo consiguió, ya que si sólo sé que nada sé, entonces por lo menos sé que sólo sé que nada sé. Alocución que de inmediato da lu-

gar a “sé que por lo menos sé que por lo menos sé que nada sé”. Reflexión que cede el paso a una inevitable y complicada regresión al infinito. Platón no disuelve la prístina paradoja pirrónica, sino que la enrevesa y oscurece, en el intento de rescatar a Sócrates de las inconsistencias desovadas por la mala lógica de su famoso aserto.

La mayéutica nueva no está diseñada para enmendar semejantes entuertos, pero es un instrumento idóneo para quienes se sientan conminados a hacerlo. En un debate oral o en una exposición, discurso o conferencia, es corriente desatender los preceptos de la semántica y salirse el “malhechor dialéctico” con la suya, ora por ignorancia crasa de las preceptivas metalógicas, ora por perverso dolo doctrinario. Lo grave del asunto es que la ejecución verbal del discurso no cuenta con referencias probáticas visibles que evidencien la comisión de las faltas semánticas o delaten los errores de género sintáctico.

Propósito importante de la neo-mayéutica es crear la metodología efectiva para inscribir con antelación al inicio de un evento, los cambios de significado de los términos que han de ser empleados a lo largo de un debate dialogado, o de una alocución de otra especie discursiva. Otra opción funcional consistiría en la técnica de interrumpir al orador para que aclare en qué sentido está usando una expresión aparentemente ambigua para denotar una cosa, fenómeno o situación en particular.

Cuando los eventos discursivos son transcritos para su eventual publicación, tarea obligada del neo-mayéutico será la de vigilar muy de cerca el cumplimiento de los preceptos metalógicos arriba mencionados. Si es preciso, hará prevalecer su conocimiento sobre el tema, desplegando pedagógicamente las directrices que gobiernan las relaciones entre el lenguaje objeto y su correspondiente metalenguaje. Se predica de una sarta de expresiones lingüísticas la condición de lenguaje objeto cuando el discurso que lo expresa, dado un contexto, se haya directamente relacionado con las cosas que sus palabras denotan. El metalenguaje, en cambio, no se ocupa de las cosas que son referentes objetivos del lenguaje objeto, sino del lenguaje objeto mismo, de sus expresiones orales o escritas en cuanto tales.

El ejercicio del derecho abunda en ejemplos de esta clase. Hay deponentes procesales poco colaboradores, negligentes o de mala fe, perjuros o traidores al juramento formal de decir toda la verdad y nada más que la verdad respecto de aquello que por tal tuvieren, que se empecinan en relatar los hechos presenciados con lenguaje confuso y enrevesado, de tal modo que, lejos de contribuir a despejar las dudas que militan en el expediente, las multiplican en cuanto al número o las deforman en lo que toca al significado.

Un deponente imaginario responde con un escueto **no lo se** a la pregunta que lo indaga como testigo oidor de las últimas palabras de la víctima de un ho-

micidio. Pero esa respuesta es ambivalente si no es acompañada de la nota esclarecedora o del recurso metalógico que ayude a revelar la autoría indudable del aserto. Es de invencible rigor procesal, en eventos de esta clase, desambiguar con una nota aclaratoria que esas fueron las últimas palabras del occiso escuchadas por el deponente o, en su defecto, que son las del deponente mismo que con ellas dice no saber lo que en tales circunstancias extremas habría dicho el occiso. El desambiguamiento de la expresión oscura también puede hacerse mediante el recurso metalógico del entrecomillado o doble entrecomillado: de esta guisa, **no lo se** es el enunciado del testigo acerca de su propio desconocimiento y **“no lo se”** es lo que dice el testigo que dijo la víctima justo antes de exhalar su postrer suspiro.

La metalógica enseña que en **no lo se** hay una frase que está siendo *usada* en un contexto, en tanto que en **“no lo se”** esa misma frase está siendo *mencionada*, si bien en esta misma oración “usada” y “mencionada” son usadas aunque no mencionadas. Adentrándonos un poquillo más en el análisis, descubrimos **la curiosidad lógica de que al escribir que “usada” y “mencionada” son usadas, nos encontramos forzados a mencionarlas. En parecida forma a cómo nos es inevitable usarlas cuando corresponde mencionarlas.**

Un aceptable manejo de la lógica estándar y mucha concentración mental son los componentes constitutivos

principales para operar exitosamente la metalógica en casos como el del ejemplo anterior o mucho más enrevesados aún. Bastante confundente, por razones obvias, es el manejo de estas técnicas en el perímetro contencioso de las disputaciones orales. Pero el orador avezado no dejará pasar por alto el detalle sintáctico que le perjudique litigiosamente o que pueda, acaso, llegar a favorecerle.

La neo-mayéutica puede llegar a ser un verdadero cofre de Pandora, grávido de indeseables sorpresas discursivas, o, para contrariar el sentido clásico del mito, un paquete de regalos que acaso contenga el conjunto de todos los conjuntos de reglas metalógicas diseñadas para convertir al orador forense o al expositor filosófico, en invencible adalid de las confrontaciones dialécticas.

La falacia del mentiroso

Ignorar la diferencia contextual entre “usar” y “mencionar” puede acarrear problemas de consistencia o de ambivalencia en el discurso, los más representativos de los cuales son del tipo de la afamada falacia semántica del mentiroso de Creta: **si el mentiroso dice que miente, o bien miente y en este caso dice la verdad, o dice la verdad y entonces miente. Por consiguiente nunca miente cuando no dice la verdad, aun cuando para decir la verdad le sea preciso mentir.**

Para alcanzar cabalmente la nuez lógico-formal de esta paradoja, se requie-

re ingresar en el concepto metalógico que señala la vigencia de dos planos lógicos en la configuración del argumento. Hay un primer plano en que se dice algo y otro plano en que se califica veritativamente lo que se dijo en el primero. Según la lógica de los filósofos clásicos, si en el primer plano se dice “el mentiroso miente” y “he aquí que miente”, en el segundo plano se dirá “es verdad”; y si en el primer plano se dice “el mentiroso miente” y “he aquí que no miente” en el segundo corresponderá decir “es falso”.

En la praxis oratoria de cualquier género, emerge la frecuente dificultad de aplicar las reglas que gobiernan los conceptos de “uso” y “mención” sin poder contar con el recurso visual de los grafos y sombreados que denotan, por ejemplo, las acepciones alternas de un vocablo principal o la separación lógica que tiene lugar entre el lenguaje objeto y su concomitante meta-lenguaje.

Un dominio suficiente de la gramática del lenguaje natural en uso y un manejo plausible de las reglas de la lógica estándar y de las preceptivas de la argumentación retórica, bastarían para que el orador promedio, suficientemente recursivo, hiciera de la palabra hablada el medio expedito para llevar a cabo la a veces invencible tarea de mostrar las diferencias antedichas entre el uso y la mención. La nueva mayéutica, por supuesto, sería un abanico de recursos atendible para contribuir a despejar las trabazones verbales que dificultan el feliz tránsito dis-

curso de las ponencias y teorías por los anchuros meandros del lenguaje dialógico.

La confusión que genera el argumento del mentiroso –desde la perspectiva gnoseológica clásica– radica en suponer que cuando el mentiroso miente, dice la verdad, porque es de su natural talante el decir mentiras; por el contrario, cuando habla la verdad, se contradice, porque no está en su naturaleza el ser veraz. Ahora bien, parece ocurrir que el mentiroso se vuelve inconsistente al predicar de sí mismo que dice la verdad cada vez que miente y que miente, cada vez que dice la verdad. En realidad, el asunto es que los calificativos “es cierto” y “es falso” no se originan dentro del plano o contexto del lenguaje objeto en que son dichas las oraciones del mentiroso, sino desde fuera de él. Esos calificativos, además, no se aplican a la persona del mentiroso, sino a los enunciados proferidos por él.

Los supuestos y corolarios lógicos del argumento del mentiroso proveen la información necesaria para replantearlo de la siguiente manera. Cuando alguien dice en el lenguaje objeto: “soy mentiroso” y luego afirma “ayer he mentido”, con la segunda aseveración fortalece la conjetura de que “soy mentiroso” **es verdadero**. Si, en cambio, enuncia “soy mentiroso” y a continuación informa “ayer he dicho la verdad”, con esta última proposición estará contribuyendo a la idea estocástica de que “soy mentiroso” es un enunciado **falso**.

Lo primero a destacar en el párrafo anterior es que “es verdadero” y “es falso” son expresiones del metalenguaje semántico que se aplican normalmente a las oraciones del lenguaje objeto cuando éstas satisfacen los criterios epistemológicos de las comprobaciones fácticas. En el caso de marras, lo que tiene lugar, desde el punto de vista lógico, es una relación de oposición proposicional presentada en sentido inverso. Así, “soy mentiroso” es un enunciado singular que se contrasta con las oraciones “ayer he mentido” y “ayer he dicho la verdad”, singulares también. Entre “soy mentiroso” y “ayer he mentido” no existe oposición lógica de ninguna especie. Pero queda la impresión psicológica de que la segunda, de ser cierta, es verificadora de la primera. Lo cual no pasa de ser una opinión indocta o la expresión de una voluntad sesgada.

Ahora bien, admitiendo que “soy mentiroso” se verifica con “ayer he mentido”, ¿de dónde resulta que ésta es un dicho falso y aquélla un dicho verdadero? La respuesta radica en la confusión de los niveles del lenguaje. De esta guisa, “ayer he mentido” es la admisión que alguien hace de haber sido mendaz. Pero confesar que ayer mentí no convierte en mentiroso el enunciado que comunica esa información. No ha lugar a decir que con la oración acerca de haber mentido ayer, he probado la verdad acerca de lo mentiroso que soy, toda vez que “ayer he mentido”, aunque trate de la mentira, puede ser una proposición perfectamente verdadera.

De este peculiar modo, se amalgaman incongruentemente el lenguaje objeto con su correspondiente metalenguaje. “Ayer he mentido” es el lenguaje objeto del ejemplo y “es verdadero” o “es falso” son sus calificaciones veritativas en el metalenguaje. No es correcto tomar el contenido del lenguaje objeto, que habla del acto de mentir, para rematar que con esta mentira habré dicho verdad. Lo que la lógica permite es asociar el enunciado singular “Ayer he mentido”, una vez establecido probatoriamente que es verdadero o que es falso, con “soy mentiroso”, singular también, para conocer qué clase de relación lógica puede establecerse entre ellos.

Si “ayer he mentido” resultare probatoriamente verdadera, no se sigue lógicamente nada de su confrontación con “soy mentiroso” (tenida como “verdadera”). Pero si el dictamen de la experticia la determina como “falsa”, la relación que emerge entre ella y “soy mentiroso” es una de contradicción entre oraciones singulares: las dos no pueden ser a la vez verdaderas o falsas; una de las dos ha de ser verdadera y falsa la otra, dados un mismo tiempo y sentido. Conviene precisar que “soy mentiroso” es un juicio ambiguo por el lado semántico. La lógica borrosa surte los criterios para establecer con la mayor precisión posible, qué es ser mentiroso y en donde empieza y termina el rango extensional de ese concepto.

El procedimiento metalógico para desarticular los componentes estructura-

les de la paradoja aquí examinada, se itinera de la siguiente manera:

Primero. El mentiroso, en cuanto persona o sujeto factible de la argumentación, debe ser excluido de las operaciones a efectuarse porque “él” es un factor supernumerario y no una variable legítima a tener en consideración.

Segundo. Las operaciones no se realizan con entes del mundo real, sino que se perfeccionan con enunciados del lenguaje natural o mediante isomorfismos lógico-matemáticos de éstos.

Tercero. Las variables operativas de especie proposicional forman el nivel 1 o nivel del lenguaje objeto.

Cuarto. Los componentes operativos de especie veritativa son: “es verdadero” y “es falso”. Ellos forman parte del nivel 2 o nivel meta-lingüístico.

Quinto. Los componentes del nivel uno son calificados veritativamente con los componentes del nivel dos. La viceversa no ocurre.

Sexto. Para distinguir los componentes del lenguaje objeto de los del metalenguaje, cuando corresponda escribir las calificaciones veritativas correspondientes, se procederá a entrecorrer los del lenguaje objeto y poner en negrillas los del metalenguaje. Ejemplo: “Soy mentiroso” **es falso** y “he mentido” **es verdadero**.

Séptimo. “Es verdadero” o “es falso” se predicán no del sujeto mendaz, sino

de los enunciados suyos, que son los mismos del lenguaje objeto.

Octavo. El criterio de verdad que se tiene en cuenta para calificar los enunciados del lenguaje objeto, es el de consistencia lógica. Razón por la cual, en lugar de “es verdadero” o “es falso”, podría eventualmente acuñarse alocuciones tales como “es consistente con” o “es inconsistente respecto de”.

Noveno. Aunque sus enunciados aludan a situaciones de orden empírico, el argumento examinado es mayormente sintáctico en su planteamiento, desarrollo lógico y resolución.

Décimo. En buena medida, el desambiguamiento de la paradoja estriba en la desontologización y formalización de su enunciado. El análisis de una de sus versiones en castellano facilita entender el por qué de ello: “si el mentiroso dice que miente, o bien miente y en este caso dice la verdad, o dice la verdad y entonces miente. Por consiguiente, si miente no es mentiroso”. Obsérvese que en la sentencia “o bien miente y en este caso dice la verdad o dice la verdad y por eso miente”, los planos del lenguaje objeto y del metalenguaje están amalgamados y refundidos entre sí. Debido a ello, lo que la argumentación nos da a comprender directamente es la incongruencia de que alguien, al mentir, no miente y cuando dice la verdad, no es veraz.

Undécimo. Lo cual es una contradicción en los términos, misma que nos obliga a conjeturar que en esta para-

doja “mentir” y “decir verdad” no son verbos de una misma sino de distintos niveles o categorías semánticas. De este modo, “miento” significa “faltar a la verdad” en un contexto y “digo verdad” traduce a “ser veraz” en otro. En alternativas palabras, “mentira”, en la paradoja, no es la contraria lógica de “verdad”, según, por el contrario, sí que lo es en la vida corriente del lenguaje.

Duodécimo. Planteado como está el problema en términos de análisis lógico, se procede a buscar el procedimiento resolutorio más afín con las líneas gruesas que hasta el momento procuran barruntar los contornos formales del aporético enigma. La heurística puede ser facilitada por algún software con opciones de búsqueda, incluido un sistema experto de rastreo de estructuras isomórficas. La opción candidatizada por el programa inteligente como “primero mejor” para abordar el examen de la paradoja del mentiroso es la teoría de los tipos o de los niveles del lenguaje.

Décimo tercero. No hay acervo de conocimientos, por filosóficamente denso que parezca o científicamente profundo que sea, que no requiera, en algún punto de su decantación teórica, o en el inventario taxonómico de su efectividad funcional, de los servicios del método mayéutico, tan a propósito para desentrañar el núcleo de alguna falacia inscrita en el texto de un informe científico, como idónea para desembarazar el sentido de un proyecto de ley cuya sintaxis, pivoteando sobre el goz-

ne de algún sesgo oculto, abre la puerta del conocimiento legítimo a las lecturas jurídicas más especulativas o a los disparates gnoseológicos menos admisibles.

La barbera de Occam

La mayéutica es por excelencia, el instrumento esclarecedor del orador forense, del expositor político, del predicador religioso, del conferenciante científico, del moralista práctico, del filósofo agnóstico, del insolado clarividente, o del inspirado promotor de sublevaciones poéticas. La Nueva Mayéutica habrá de ser el utensilio verbal de todo aquél que intente hacer de la oralidad dialogada el medio inquiridor más a propósito para delimitar fronteras conceptuales, definir términos confusos, transparentar significados matriciales ambiguos o implementar correctamente las reglas sustantivas del quehacer discursivo en que habrá de apuntalarse el emergente orador post-moderno.

La mayéutica, operada críticamente, es un recurso funcional de la barbera de Occam. Podría decirse que es la barbera de Occam transformada en diálogo desambiguador. Pero cuando se la emplea para menesteres allende sus alcances funcionales o se aplica torpe o inadecuadamente el menú de sus reglas de manejo discursivo, entonces – en expresiones de cambiante probabilidad– propicia las inconsistencias, engendra las falacias o enturbia, acaso más, la hermenéutica de los textos sujetos a examen.

En otras palabras, si el principio de la barbera de Occam no se aplica cuando es imperativo hacerlo, surgen problemas asociados a la multiplicación de los entes, fenómeno que ha venido a reconocerse como “barba de Platón”, expresión que da lugar al divertido contraste entre el rostro lampiño de una teoría recién rasurada de sus elementos innecesarios y otro rostro, poblado de barba, que los ha multiplicado sin contención. Es, para decirlo de otro modo, la teoría de los dos mundos de Sócrates-Platón, retratada antes y después de ser afeitada en sus conceptos innecesarios con la barbera de William de Occam o principio de economía de los pensamientos y las palabras: “*Entia non son multiplicanda praeter necessitatem*”.

Aristóteles de Macedonia escribió que la concepción socrática de los arquetipos perfectos, según la cual, a cada cosa imperfecta de este mundo corresponde un modelo perfecto en otro universo sembrado de eternas perfecciones, es una teoría defectuosa porque al buscar establecer el nexo participativo entre la cosa y su modelo, surge una tercera entidad que vincularía a la primera con la segunda teniendo en cuenta el punto de mira desde el cual se realiza la determinación creadora de la cosa imperfecta. Luego, a raíz de la relación de la tercera entidad con las dos primeras, sobre las mismas bases lógicas, emerge una cuarta, después una quinta, y así, indefinidamente, en regresión inevitable, sin punto final.

Los esmeros depilatorios del método ocamiano dejan como saldo los componentes operativos indispensables de especie proposicional, en el primer nivel, así como los veritativos de orden metalógico, en el segundo. Resta, entonces, reorganizar el argumento mediante la hermenéutica de asignar a “verdadero” y “falso” significados intercambiables entre sí desde el nivel uno hasta el nivel dos y, desde éste hacia aquél. Las inconsistencias que emergen de tal liberalidad en el nivel semántico, quedan amarradas a “consistencias” sumergidas en la sintaxis de la paradoja. Es decir, la semántica de la paradoja es inconsistente porque la sintaxis de ella contiene su propia “consistencia”.

El uso de la negación de lo verdadero y de lo falso, acompañado de un metalenguaje que invierte las aplicaciones veritativas en las proposiciones del argumento, es la lógica mínima cuya hermenéutica permite desembrollar las confusiones a que da lugar el enunciado de la paradoja inventariada. Supongamos que “soy mentiroso” es **verdadero** y que “miento” es **verdadero**. Aceptemos graciosamente, también que “soy mentiroso” es verdadero y “miento”, falso. Al relacionar “soy mentiroso”, que expresa la mentalidad de quien hace de la mendacidad un comportamiento habitual, con “miento”, que es un ejemplo de ese mismo género de comportamiento, todo lo que hago es subsumir lógicamente el caso en la regla o fortalecer la regla con el caso.

Pero he aquí que al discurrir tan descuidadamente sobre el asunto, incluyo los conceptos de **verdadero** y **falso** en la argumentación de base. Si es verdad que soy mentiroso y es verdad que he mentado, entonces con la mentira estoy diciendo la verdad, pues el acto de mentir, que traduce a **verdadero** en una proposición *ad hoc*, así sea falsa la oración correspondiente, comprueba la verdad de mi condición de mentiroso. En cambio, si es verdad que soy mentiroso y es verdad que he sido veraz, entonces con la verdad estoy diciendo que es mentira que soy mentiroso, pues el acto de decir verdad, que es oracionalmente **verdadero**, infirma mi alegada condición de mentiroso. En consecuencia, cuando miento digo la verdad y cuando digo la verdad, estoy mintiendo.

Echase de ver, con el análisis, que la paradoja en cuestión no es otra cosa que el entrecruzamiento bastardo del lenguaje objeto con su metalenguaje. De esta confusión metalógica emerge el disparate, disfrazado con atractivos eufemismos metafísicos, que trueca sin permisos lo verdadero en falso y lo falso en verdadero. No es mediante reglas de inferencia que se opera este tránsito de lo veraz a lo falaz y viceversa, sino por medio de correlaciones heterodoxas entre lenguajes retóricos de diferente nivel discursivo, que carecen de licencias lógicas para imbricarse veritativamente unos con otros.

Secuela de estos paralogismos de la razón equivocada son las taxonomías esquizofrénicas de las corresponden-

cias cruzadas entre los metalenguajes veritativos y los lenguajes objeto. No hay leyes a observar y, por consiguiente, tampoco reglas a seguir. Sólo correspondencias entre proposiciones de un nivel lingüístico y valores veritativos del otro, sin que éstos resulten determinados por aquéllos o aquéllos por éstos, de la misma manera que “18 horas” en un sistema horario corresponde, mas no determina, a “6 p.m.” en el otro sistema, o viceversa.

Cabe, de paso, puntualizar, que no siempre la diferencia de niveles de lenguaje implica correlaciones veritativas entre dichos niveles. Si digo “Crucibel” es una **palabra de tres sílabas y ocho letras**, lo que digo de esta palabra no está en el mismo plano semántico que la palabra misma. “Crucibel” es el **lenguaje objeto** de otro lenguaje que habla de él, razón por la cual a éste se le reconoce con el calificativo de **metalenguaje**. Pero aquí encaramos un metalenguaje definitorio o descriptivo que no se ocupa de calificar su lenguaje objeto de “verdadero” o de “falso”.

Los operadores mayéuticos de las técnicas lógicas

Alcanzar un nivel aceptable para encarar el diagnóstico, la terapia y la prognosis de problemas de esta índole, puede representar un reto abrumador para personas poco entrenadas en los ajetreos de la lógica, la retórica y las hermenéuticas aplicadas. Con todo, no hay que dejarse paralizar intelectivamente por las paradojas semánticas

y paralogismos lógicos, porque el objetivo de la neo-mayéutica y el trabajo del operador del sistema es, precisamente, despejar lo mejor posible los obstáculos que dificultan, a veces gravemente, el de por sí tortuoso –y hasta espinoso– camino del conocimiento.

Muchas veces, lo que parecía lúdica de las palabras era grave dificultad filosófica de fondo y lo que se tomaba como grave dificultad de fondo no era más que confundente lúdica de las palabras. En estos asuntos, la mayéutica, dependiendo de la especie de epistemología en que se inspire y de los grados de competencia con que cuente su operador para trabajar con ella, puede contribuir a embrollar aún más el problema que se analiza o suministrar la dote efectiva de sus inteligentes luces para ayudar a desenrollarlo.

La renovación de hábitos discursivos concierne muy en particular a la superación de la mayéutica clásica, de cara a enfrentar el problema de la formación de la Neo-Mayéutica. Pero el lector adherente a la nueva técnica, tiene la opción de extenderla discrecionalmente al ámbito discursivo que se deje evaluar como relativamente adecuado para ello. Así se justifica, por lo menos hasta cierto punto, el sentido ecuménico y casi altisonante de cualesquiera líneas o párrafos con que el autor haya querido magnificar la importancia de sus conjeturas asociadas al incuestionable protagonismo de la Neo-Mayéutica en la promisoriosa sociedad del conocimiento.

Lo más previsible es que los operadores neo-mayéuticos busquen especializarse en los diferentes géneros que comprenden las especies de conocimiento más afines entre sí. Podría emerger, así mismo, el fenómeno de las super-especializaciones. La formación teórica y técnica de los ingenieros de conocimiento, acaso constituya un modelo atendible para los neo-mayéuticos comprometidos con el tema de su formación individual. Las maestrías y doctorados en mayéutica deben ser proyectos descartables por la inútil fatuidad que representan en el contexto teórico-práctico de la disciplina que nos ocupa.

La estructura de una tesis imaginaria

El pretexto para ofrecer unos diálogos de hechura propia, es la ideación de una tesis de grado imaginaria, que sobre el proyecto de la nueva mayéutica, una estudiante de filosofía se propone escribir bajo el auspicio metodológico de su asesor temático y ex profesor de lógica formal y teoría de la argumentación forense.

Una pregunta interesante acicatea la curiosidad de la muchacha y sienta las bases para erigir el temario y organigrama del trabajo de grado. ¿Por qué decayó tan gravemente la enseñanza y ejercicio del método oral inductivo y la técnica de la mayéutica? ¿Qué produjo el colapso del método y motivó la indiferencia de los filósofos y epistemólogos en todas partes para buscar su rehabilitación histórica?

Casi por entero, la estructura de esa tesis imaginaria es la consolidación real de este trabajo de investigación. Esta obra está tripartitamente dividida en una sección teórica inicial y dos diálogos, el segundo de los cuales, a la manera de un metalenguaje, versa sobre el desarrollo temático del primero, que vendría a ser, *mutatis mutandi*, su lenguaje objeto. En cada una de las tres partes del libro hay indicaciones y comentarios acerca de lo erróneo que hay que desaprender para poder aprender lo correcto. Pero más que todo, esas preceptivas están concentradas en los parlamentos del segundo diálogo. El estilo para decir las cosas en ese capítulo de esta obra, no es el consuetudinario del rígido texto de enseñanza, sino el más libre del ensayo y el muy suelto de los diálogos.

Las sugerencias o preceptivas para desarraigar o apadrinar usos o modos discursivos en los diálogos, no han sido puestas en orden temático o alfabético, ni escritas en caracteres cursivos que faciliten la obligada praxis de su hallazgo, definición u ordenación taxonómica. El lector aplicado debe espiarlas de los textos en los cuales se destacan por la obviedad de su talante heteróclitamente pedagógico y, a veces también, por la ínfula inconfundiblemente amonestadora de su estilo.

Al encarar la lectura de los diálogos, habrá de reparar el lector en el contenido de los parlamentos y en la forma en que vienen gramaticalmente diseñadas las oraciones que entrañan esos contenidos. Vale decir: la enseñanza

para el cambio, que es un propósito antelado como prioritario por el autor de esta obra, está debidamente contenida en el cambio para la enseñanza, que se halla en la semántica de algunos trozos seleccionados de los parlamentos del libro, así como también en los parlamentos mismos, vistos en la perspectiva formal de su sintaxis.

Quien esto escribe, aspira a la benevolencia de los lectores suspicaces que acostumbran organizar “gazaperas” de los errores encontrados en sus muy acuciosas lecturas. Es de suponerse, que en la subversión misma en contra de los modos incorrectos de decir las cosas no se haya incurrido en la inconsistencia imperdonable de emplear algún modo incorrecto para significar que esto o aquello “es un modo incorrecto de decir las cosas”, pues estaría indicando incorrectamente cuál es el modo de decir correctamente las cosas en la Nueva Mayéutica.

Esta es, según lo hasta aquí expuesto, una modalidad metodológica casi por entero contrapuesta al viejo género iniciado por Sócrates, que hoy no pasa de ser una técnica moribunda, traspasada de metafísica y agobiada de paralogismos y falacias. Aunque también, por otro lado, no pueda uno por menos que referirse a ella como una exaltación de la belleza de la razón pura y un paradigma del pensamiento abstracto, consagrado, parejamente, a la categorización filosófica de lo bien dicho y a la consolidación poética de lo mejor pensado.

Como podrá advertirse en el curso de su lectura, la obra acusa, entre otras ascendencias intelectuales, la influencia de los empirismos de corte analítico, las epistemologías contemporáneas del lenguaje, la lógica matemática y la lógica estándar, la Nueva Retórica y otras retóricas nuevas, las lógicas borrosa y no monotónica, y las teorías de la inteligencia artificial aplicables a los problemas de la comunicación dialogal.

A propósito de la inteligencia artificial y su relación con la mayéutica nueva, ya hay en el mercado informático, la oferta de un software experto bautizado con el nombre de Sócrates. Se trata de un “tutor” que, mediante un programa basado en la técnica mayéutica, ayuda a los estudiantes de asignaturas como derecho y filosofía a enderezar el rumbo de sus deficiencias académicas. La bibliografía consultada y propuesta ofrece, al final del libro, referencias más útiles a este y otros respectos.

Bibliografía

ABAGNANO, Nicola. Diccionario de Filosofía. Fondo de Cultura Económica.

ARISTÓTELES. Organon. Aguilar, 1976.

AUSTIN, J.L. How to do things with words. Cambridge, Harvard university press.

CARNAP, Rudolph. La fundamentación lógica de la física. Grijalbo, 1960.

HUNTER, G. Metalogic. University of California Press, Berkeley, 1993.

KOSKO, Bart. Pensamiento borroso. Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995.

MONDOLFO; Rodolfo. Sócrates. 1946.

MONTES DE OCA. La filosofía en sus fuentes. Fuentes Impresores.

PLATÓN. Los diálogos “socráticos”. F.L. Edit. 1960.

QUINE, W. V. Word and object. Cambridge, MIT press, 1960.

SCHOPENHAUER, Artur. Dialéctica Erística. Facultad de filosofía de la Universidad Complutense, Madrid, 1997.

TAYLOR, F. Sócrates. Aguilar, 1952.